

La nueva Sala Berlanga

SANTIAGO FAJARDO

Madrid vive y sufre desde hace años un proceso de desertización. Me refiero a sus salas de cine: víctimas, primero, de una mutación en los hábitos de consumo (propiciada en parte por la evolución de la tecnología que ha hecho tentador ver películas en casa); pero, también, por un mercado implacable que consagra la concentración eficiente como medio necesario para una diversidad, ciertamente atractiva en el entretenimiento de los ciudadanos.

Esta tendencia ha despoblado la ciudad de una forma de cultura cercana, de cabecera, tan entrañable y necesaria como la tienda de la esquina. Aquella que configura la memoria y, por tanto, nos deja un poco huérfanos cuando desaparece de nuestro paisaje de infancia... la verdadera patria del hombre. Como aquellos personajes muertos, en el poema de César Vallejo que

concluye reconociendo... murió mi eternidad, y estoy velándola.

Esa alteración de nuestras referencias forma parte del precio que el hombre paga por su evolución, lo que no es otra cosa que el vivir. Pero, aún siendo incontestable, hemos de lamentar la desaparición de tantas salas inolvidables que en Madrid guardaron parte de aquella vitalidad nuestra.

El fenómeno se extendió con tal voracidad que propició la aprobación municipal de un Plan Especial de Protección de Cines y Teatros en el año 1998, como apremiante y desesperado auxilio de emergencia.

Por esa razón, recibir el encargo de intervenir sobre un cine para que continúe siendo cine constituye para un arquitecto un ejercicio profesional no sólo infrecuente, sino extraordinariamente gratificante, en el que hemos puesto nuestro mayor in-

terés. El reto de su rehabilitación constituye un empeño de cierta complejidad porque opera sobre un modelo que no varía su envoltente exterior y al que debía dotarse de instalaciones y equipamientos que nunca tuvo.

El antiguo Cine California pasa a formar parte de la red Arteria Multiespacios de la Fundación Autor como Sala Berlanga, un vanguardista y muy tecnificado agiornamento que resulta inédito por su nivel de calidad y que se complementa con medios para una cierta polivalencia (música y teatro) de pequeño formato. El proceso de su rehabilitación constituye una experiencia apasionante que confirma la extraordinaria capacidad adictiva de nuestro oficio: «Poder construir significa poder soñar».

La Sala Berlanga consagra la memoria de uno de nuestros mejores directores y confirma, con su presencia en nuestra ciudad, la resuelta y sincera vocación de sus promotores: el Instituto Buñuel y la Fundación Autor de la SGAE. La filosofía que ha inspirado su equipamiento la proyecta fuera de su

propio espacio, con voluntad y posibilidades de llegar al universo; de mostrar al mundo y hacer partícipes a sus ciudadanos de cuantos eventos culturales merezcan ser divulgados para su propio enriquecimiento.

Asimismo, aquel viejo cine recupera hoy su memoria y el barrio de Argüelles, uno de sus iconos. Por cierto, cercano a la casa de un buen amigo mío, Santiago Amón, uno de nuestros grandes humanistas del siglo XX. Muerto ya (como los personajes de Vallejo), dejándonos un punto de nostalgia y quién hubiera celebrado, sin duda, la afortunada pervivencia de esta sala, cercana, de cabecera, casi contigua a su muy glosada y querida ciudad universitaria.

A todos ellos y al público de Madrid, en nombre del equipo que lo ha hecho posible, va dedicado nuestro esfuerzo que, esperamos, satisfaga sus expectativas y contribuya a hacerles vivir, a partir de ahora, nuevos momentos inolvidables.

Santiago Fajardo es el arquitecto responsable de la remodelación de la Sala Berlanga.